

## CAPÍTULO VI

### LA ACCIÓN

1. Importancia de la acción .....	79
2. La pronunciación .....	80
3. Gestos y ademanes .....	84

## CAPÍTULO VI

### LA ACCIÓN

#### 1. Importancia de la acción

La faena del orador, antes y durante el discurso, se completa por la acción oratoria, que Cicerón llamó elocuencia del cuerpo. Voz, gestos, ademanes, mueven los ánimos junto con las ideas y la elocución. “Preguntado Demóstenes —dice Quintiliano— qué cosa era la más principal en toda la oratoria, dio preferencia a la pronunciación, y a la misma dio el segundo y el tercer lugar, hasta que dejaron de preguntarle; de modo que se puede creer que tuvo a la pronunciación, no por la cosa más principal de la elocuencia, sino por la única, y, por lo tanto, él mismo hizo tanto estudio en imitar la pronunciación de Andrónico el farsante, que admirándose los de Rodas parece que con razón les dijo Esquines: ‘Pues qué hubiera sucedido si le hubiéreis escuchado a él mismo’”<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Después del *Discurso de la Corona*, habiendo Demóstenes ven-

## 2. La pronunciación

Quintiliano dice pronunciación como sinónimo de acción, según el capítulo III del libro XI, y la divide en dos partes: la voz, o pronunciación propiamente dicha, y el ademán, de las cuales una impresiona los oídos, la otra los ojos, moviendo el alma por los sentidos. Hace la división de la voz en tres especies: aguda, grave y bemolada, y da útiles recomendaciones para producir los efectos que convienen al orador y conservar su instrumento durante mucho tiempo.

Aunque los oradores no deben poner el mismo cuidado que los maestros de canto, sin embargo cuidarán de la robustez del cuerpo mediante los ejercicios físicos, el paseo, los baños, la fácil digestión, la frugalidad, si bien lo harán sin exceso, para que la voz no se haga delicada con el demasiado regalo.

La pronunciación debe poseer las mismas cualidades exigidas al discurso:

1ª) Será correcta, ni muy melosa ni con esa rudeza de aquellos de quienes dice Cicerón que no declaman sino ladran. Será sana; ni sorda, bronca, atroz, dura, áspera, hueca, gruesa o delgada, ingrata,

---

cido a Esquines, le ofreció dinero para evitar el exilio. Éste no aceptó y en Rodas abrió escuela de retórica. Un día leyó a sus discípulos el discurso contra Demóstenes, y habiendo preguntado ellos cómo pudo perder la causa, leyó el discurso de su rival. Se admiraron todos, y entonces Esquines dijo las palabras citadas por Quintiliano.

tenue, afeminada, ni la respiración corta o poco durable.

2ª) En este punto se pide la clara articulación, que muchos oradores desdeñan, sin saber cuánto sirve para hacerse oír de los oyentes más alejados del orador en las grandes salas, y cuando su voz no está sana. Articular bien estimula las ideas en todo el curso de la oración; pronunciar clara y distintamente los vocablos ha sido siempre una de las cualidades relevantes de los buenos oradores, mientras que los malos se tragan las palabras, apenas las pronuncian o dejan caer la voz en las últimas sílabas, defecto éste muy común; pero tampoco se irá delectando, como contando las sílabas.

3ª) La voz media produce mejor las pausas, el silencio y las inflexiones, es la más sugestiva, y por ella recuerdan mucho tiempo al orador quienes le han oído.

“En los discursos —enseña Quintiliano— no conviene un tono muy grave como en la música, ni muy agudo. Porque el uno, muy oscuro y demasiado llano, ninguna impresión puede hacer en los ánimos, y el otro, delicado y de una claridad excesiva, no sólo es fuera de lo natural, sino que ni puede recibir las diferentes inflexiones de la voz en la pronunciación, ni sostener por mucho rato el mismo tono”<sup>2</sup>.

La buena pronunciación pide igualdad en el tono, evitar la confusión de las sílabas largas con las breves,

<sup>2</sup> *Instituciones*, XI, cap. III, 3.

los tonos graves con los agudos, los altos con los bajos. Asimismo, pide variedad para eludir esa común monotonía de la expresión, porque el arte de variar la voz da gracia y aliento y es conforme con el cuerpo, que no puede aguantar mucho tiempo una misma postura.

Con su cualidad docente, utilizando siempre comparaciones, imágenes que aclaran sus ideas, Quintiliano encomia la variedad de la pronunciación en este pasaje donde compara su arte con la pintura: “Así, debemos evitar aquello que los griegos llamaron monotonía, que es un solo tono y sonido, no decirlo todo a gritos, lo cual es una locura, o como en una conversación, lo cual carece de afectos, o en bajo murmullo, con lo cual se debilita también toda la viveza de la pronunciación, sino para que en unas mismas partes y en unos mismos afectos haya algunas inflexiones de voz no tan grandes, según que la dignidad de las palabras, la naturaleza de los conceptos, el remate o principio de los períodos, o el pasar de una cosa a otra lo exijan, así como los pintores, después que han hecho uso de cada uno de los colores, dan más realce a unas partes de la pintura que a otras, porque de otra manera no hubieran distinguido los miembros con las líneas”<sup>3</sup>.

Tampoco se hablará con tanta rapidez que confunda a todos; con tanta pesadez que produzca sopor, y se guardará siempre la moderación.

Enseña Quintiliano cómo ejercitar el aliento, y hace observaciones sobre la técnica de la respiración

<sup>3</sup> *Instituciones*, XI, cap. III, 3.

propia del orador, que sin ella no domina su oficio, pues hablar ante los auditorios requiere saber respirar, según enseñan los maestros modernos. Cuanto más dilatado es el período, mayor será el aliento que se ha de tomar, sin ruido, de una manera que nadie conozca cuándo el orador consigue su caudal de aliento, más fácil de procurarlo en las transiciones.

Como los buenos actores y oradores, Demóstenes recitaba largas tiradas de versos sin respirar, subiendo cuestras; se ejercitaba todos los días revolviendo piedrecillas con la lengua para perfeccionar su dicción<sup>4</sup>.

Como aquí sólo destaco el valor de un arte de manejar la voz, no corresponde reproducir las extensas consideraciones del preceptista; pero es necesario insistir: sin la voz bien trabajada y modulada, actores y oradores no son nada, y los otros profesionales de la voz, además de los graves daños inflingidos a la suya, pierden eficacia en el orden de la comunicación humana.

4<sup>a</sup>) Quintiliano recomienda las inflexiones de voz, medios musicales del discurso. Como ellas consisten en su variación según el ánimo del orador, quien va expresando sus emociones, la voz debe ser conforme con la oración y los ánimos de los oyentes, sin apartarse del objetivo de la persuasión, porque es necesari-

<sup>4</sup> Hay una manera de efectuar aspiraciones sin que repare el auditorio. Consiste en colocarlas delante de la a, la e, o la o, cuando la boca abierta permite aspirar ligeramente sin que nadie lo advierta. Véase Legouvé, E., *El arte de la lectura*, Madrid, 1912.

rio que reciban las ideas como suyas y sientan lo que siente el orador, y ello no lo puede hacer sin la voz, copia e imagen de nuestra alma.

El maestro ibero expone con elocuente concisión este acuerdo entre las diversas pasiones y las inflexiones de voz: en las cosas alegres es sencilla y alegre; en la contienda se levanta con todas sus fuerzas; en la ira se torna áspera, impetuosa; cuando halaga, satisface o niega, debe ser suave y sumisa; en el consejo, grave; en el temor y la vergüenza, encogida; vehementemente en las exhortaciones; lastimosa en la compasión; cuando el orador hace digresiones la voz será clara; en las narraciones, familiar; pero se levanta en los grandes afectos, y se baja en las cosas que sirven para dar gusto <sup>5</sup>.

### 3. Gestos y ademanes

Siguen los consejos sobre el ademán, conforme con la voz y las palabras. Este lenguaje universal, propio de la naturaleza, mediante el cual se comunican los animales, impresiona por los movimientos de las manos, la cabeza y los ojos.

“La cabeza —dice Quintiliano— es uno de los miembros principales de la acción, así como lo es en el cuerpo, no sólo por la gracia y hermosura de que ya he hablado, sino también por la significación de ella. Lo que se requiere, pues, en primer lugar, es que la

<sup>5</sup> *Instituciones*. XI, cap. III, 3.

cabeza esté siempre derecha y en una postura natural. Porque baja denota humildad, demasiado elevada, arrogancia, inclinada hacia un lado, desfallecimiento, y el tenerla muy tiesa y firme es señal de barbarie”<sup>6</sup>.

El semblante es parte en la elocuencia del cuerpo; de él están pendientes los hombres, y es a él a quien miran antes de que hable el orador, de modo que viene a ser un exordio, bueno o malo según el semblante. Revela si quien habla es benigno, soberbio, humilde, triste, alegre, propenso al amor o al odio.

En el semblante revelan mucho los ojos, expresión de la soberbia, fiereza, dulzura, aspereza, tristeza o alegría; y a veces hay en los ojos más súplica que en los ademanes. Por ello el orador no hablará teniendo los ojos cerrados o fijos en un mismo objeto.

En las manos hallamos buena parte de la persuasión verbal; sin ellas la acción sería defectuosa, débil, y haría un discurso sin eficacia, aunque median las más hermosas palabras. “Porque las demás partes del cuerpo acompañan al que habla; pero éstas, casi estoy por decir que hablan por sí mismas. Porque, por ventura, ¿no pedimos con ellas?, ¿no prometemos?, ¿no llamamos, perdonamos, amenazamos, suplicamos, detestamos, tememos, preguntamos, rogamos y mostramos gozo, tristeza, duda, compasión, arrepentimiento, moderación, abundancia, número y tiempo? ¿Ellas mismas no incitan?, ¿no suplican?, ¿no aprueban?, ¿no se admiran?, ¿no se avergüenzan?

<sup>6</sup> *Instituciones*, XI, cap. III, 4.



Para mostrar los lugares y las personas, ¿no hacen las veces de adverbios y pronombres? A tal punto es verdad esto, que siendo tan grande la variedad de lenguas que hay entre todas las gentes y naciones, me parece que éste es un lenguaje común a todos los hombres”<sup>7</sup>.

Quintiliano resume las enseñanzas de los maestros, principalmente de Cicerón, relativas al movimiento de las manos y brazos, tan importantes en las diversas partes del discurso.

Se desecha todo movimiento brusco, nervioso y continuo de un solo brazo; pero no se caerá en los extremos. Si el excesivo reposo no es propio del discurso oratorio, tampoco lo son los continuos movimientos de brazos y manos que cansan al auditorio.

En el exordio las manos estarán quietas; si se las mueve, el movimiento no será excesivo ni cubrirán el rostro del orador.

La mano izquierda nunca accionará sola, y se acomodará a la acción de la derecha. Es impropio señalar la división o número de los argumentos con los dedos, como expresar una idea con la palabra y desmentirla con el ademán, como quien habla del cielo y mira la tierra.

El ademán precederá siempre a la palabra. Nunca se levantará la mano a una altura superior a la cabeza. La mano derecha empezará su movimiento de izquierda a derecha; la izquierda, de derecha a izquier-

<sup>7</sup> *Instituciones*, XI, cap. III, 4.

da; no estarán suspendidas ni fijas durante mucho tiempo en una misma posición. El orador no moverá demasiado los dedos y evitará señalar continuamente a un mismo punto con un mismo dedo. Tampoco se deben mover las dos manos a la vez, con los brazos extendidos.

El principio general es el siguiente: “Pero ya está admitida una acción más viva, y no sólo se requiere, sino que en algunas partes es conveniente; pero de tal manera se la ha de moderar, que no perdamos la autoridad de hombres de bien y de gravedad por imitar el excesivo esmero de un comediante”<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> *Instituciones*, XI, cap. III, *in fine*.